

Imprimir

*“Europa se encuentra atrapada en una crisis económica y de seguridad, impulsada por el miedo a Rusia y China y la dependencia de Estados Unidos”.*

La Unión Europea necesita una nueva política exterior basada en los verdaderos intereses económicos y de seguridad del continente. Hoy en día, Europa se encuentra en una trampa económica y de seguridad, en gran medida autoinfligida: peligrosa hostilidad hacia Rusia, desconfianza mutua hacia China y extrema vulnerabilidad hacia Estados Unidos. La política exterior europea se rige ahora casi por completo por el miedo a Rusia y China, un miedo que ha generado una dependencia de Estados Unidos en materia de seguridad.

La subordinación de Europa a Washington se debe casi exclusivamente a un miedo exagerado a Rusia: un miedo amplificado por los países de Europa del Este con un fuerte sesgo rusópho y una narrativa distorsionada sobre la guerra en Ucrania. Convencida de que la amenaza a su seguridad proviene principalmente de Moscú, la UE sacrifica todos los demás aspectos de su política exterior —economía, comercio, medio ambiente, tecnología y diplomacia— a los intereses estadounidenses. Irónicamente, se arrima a Washington justo cuando Estados Unidos se vuelve más débil, inestable, errático, irracional e incluso peligroso en su enfoque hacia Europa, hasta el punto de amenazar abiertamente su soberanía (como ocurrió con la cuestión de Groenlandia).

Para esbozar una nueva política exterior,

Europa tendrá que superar la falsa suposición de su extrema vulnerabilidad ante Rusia. La narrativa difundida por Bruselas, Londres y la OTAN sostiene que Moscú es intrínsecamente expansionista y está dispuesta a arrollar a Europa a la primera oportunidad. La ocupación soviética de Europa del Este entre 1945 y 1991 se cita como prueba de esta amenaza. Pero esta interpretación distorsiona profundamente el comportamiento ruso, tanto pasado como presente.

La primera parte de este ensayo pretende desmentir la falsa suposición de que Rusia representa una amenaza mortal para Europa. La segunda parte, en cambio, examina qué

nueva política exterior europea podría surgir una vez superada la rusofobia irracional.

### La falsa premisa del imperialismo ruso hacia Occidente

La política exterior europea se basa en la idea de que Rusia representa una amenaza directa para la seguridad del continente. Sin embargo, esta suposición es errónea. Rusia ha sido invadida repetidamente por las principales potencias occidentales a lo largo de los siglos (en particular, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos en los dos últimos siglos) y desde hace tiempo ha buscado garantizar su seguridad mediante una zona de seguridad entre ella y las fuerzas occidentales. Esta zona de seguridad, muy disputada, abarca las actuales Polonia, Ucrania, Finlandia y los países bálticos. Es en esta región fronteriza entre las potencias occidentales y Rusia donde se concentran los principales dilemas de seguridad entre Rusia y Europa Occidental.

Las principales guerras libradas por Occidente contra Rusia a partir de 1800 incluyen:

- La invasión francesa de 1812 (Guerras Napoleónicas)
- La invasión anglo-francesa de 1853-56 (Guerra de Crimea)
- La declaración de guerra alemana contra Rusia el 1 de agosto de 1914 (Primera Guerra Mundial)
- La intervención de las potencias aliadas en la guerra civil rusa, 1918-1922 (Guerra Civil Rusa)
- La invasión alemana de la URSS en 1941 (Segunda Guerra Mundial)

Cada una de estas guerras representó una amenaza existencial para la supervivencia de Rusia. Desde la perspectiva de Moscú, la incapacidad de Alemania para desmilitarizarse tras la Segunda Guerra Mundial, la creación de la OTAN, la entrada de Alemania Occidental en la Alianza en 1955, la expansión de la OTAN hacia el este después de 1991 y el progresivo

desarrollo de bases y sistemas de misiles estadounidenses en las fronteras orientales de Europa constituyeron las amenazas más graves para la seguridad nacional rusa desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Rusia, a su vez, ha avanzado hacia Occidente en varias ocasiones:

- El ataque a Prusia Oriental en 1914
- El Pacto Molotov-von Ribbentrop de 1939, con la división de Polonia entre Alemania y la URSS y la anexión de los países bálticos en 1940
- La invasión de Finlandia en 1939 (Guerra de Invierno)
- La ocupación soviética de Europa del Este de 1945 a 1989
- La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022

Estos episodios se consideran en Europa como evidencia objetiva del expansionismo ruso. En realidad, esta interpretación es ingenua, históricamente incorrecta y producto de la propaganda. En los cinco casos, Moscú actuó para proteger su propia seguridad nacional —según su propia opinión—, en lugar de perseguir ambiciones imperialistas como un fin en sí mismas. Esta verdad fundamental es la clave para resolver el conflicto entre Europa y Rusia hoy: Moscú no busca conquistar Occidente, sino asegurar su propia supervivencia. Sin embargo, Occidente se ha negado durante mucho tiempo a reconocer, y mucho menos a respetar, los intereses vitales de seguridad de Rusia.

Los principales casos del supuesto imperialismo ruso

Analicemos los cinco casos principales del supuesto expansionismo ruso.

El primer caso, el ataque a la Europa Oriental prusiana en 1914, puede descartarse rápidamente. Fue el Reich alemán quien declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto de 1914. La

entrada del ejército zarista en Prusia Oriental fue una respuesta directa a dicha declaración de guerra.

El segundo caso, el acuerdo entre la Rusia soviética y el Tercer Reich de Adolf Hitler para la partición de Polonia en 1939 y la anexión de los estados bálticos en 1940, se considera la prueba más clara de la perfidia rusa. De nuevo, se trata de una interpretación simplista y engañosa de la historia.

Como han documentado cuidadosamente historiadores como E.H. Carr, Stephen Kotkin y Michael Jabara Carley, en 1939 Stalin recurrió a Gran Bretaña y Francia para formar una alianza defensiva contra Hitler, quien había declarado su intención de librar una guerra contra Rusia en el Este (por el espacio vital, la mano de obra eslava esclavizada y la derrota del bolchevismo).

Pero el intento de Stalin de forjar una alianza con las potencias occidentales fue completamente rechazado. Polonia no permitiría el paso de tropas soviéticas por territorio polaco en caso de guerra con Alemania. El odio de las élites occidentales al comunismo soviético era al menos tan grande como su miedo a Hitler. De hecho, una expresión común entre las élites conservadoras británicas a finales de la década de 1930 era: «Mejor hitlerismo que comunismo».

Ante el fracaso en asegurar una alianza defensiva, Stalin se propuso crear una zona de contención contra la inminente invasión alemana de la URSS. La partición de Polonia y la anexión de los países bálticos fueron maniobras tácticas para ganar tiempo para la inminente Batalla de Armagedón contra los ejércitos de Hitler, que tuvo lugar el 22 de junio de 1941 con la invasión alemana de la Unión Soviética durante la Operación Barbarroja. La partición anticipada de Polonia y la anexión de los países bálticos podrían haber retrasado la invasión y salvado a la Unión Soviética de una rápida derrota a manos de Hitler.

El tercer caso, la Guerra de Invierno de Rusia contra Finlandia, se considera de forma similar en Europa Occidental (y especialmente en Finlandia) como prueba del carácter expansionista

de Rusia. Sin embargo, una vez más, la motivación principal de la Unión Soviética fue defensiva, no ofensiva. Moscú temía que la invasión alemana se llevara a cabo en parte a través de Finlandia y que Leningrado fuera rápidamente conquistada por Hitler.

Por esta razón, la Unión Soviética ofreció a Finlandia un intercambio territorial (en concreto, la cesión del istmo de Carelia y algunas islas del golfo de Finlandia a cambio de tierras soviéticas) para proteger la segunda ciudad del país.

Finlandia rechazó esta propuesta y la Unión Soviética invadió Finlandia el 30 de noviembre de 1939. Posteriormente, Finlandia se unió a los ejércitos de Hitler en la guerra contra la Unión Soviética durante la llamada «Guerra de Continuación», entre 1941 y 1944.

El cuarto caso, la ocupación soviética de Europa del Este (y su continuo control de los países bálticos) durante la Guerra Fría, se considera en Europa una prueba más de la profunda amenaza que Rusia representa para la seguridad del continente. La ocupación soviética fue sin duda dura, pero incluso en este caso, tuvo una motivación defensiva que se pasa por alto por completo en la narrativa de Europa Occidental y Estados Unidos. La URSS pagó el precio máximo por su victoria sobre Hitler, con la asombrosa cifra de 27 millones de muertos durante la guerra.

Al final del conflicto, Rusia tenía una exigencia primordial: que sus intereses de seguridad estuvieran garantizados por un tratado que la protegiera de futuras amenazas de Alemania y, en general, de Occidente. Occidente, ahora liderado por Estados Unidos, rechazó esta exigencia fundamental de seguridad.

La Guerra Fría surgió de la negativa de Occidente a respetar las preocupaciones fundamentales de seguridad de Rusia. Por supuesto, la historia de la Guerra Fría, tal como la cuenta Occidente, es precisamente la contraria: que la Guerra Fría fue causada únicamente por los belicosos intentos de Rusia de conquistar el mundo.

Esta es la verdadera historia, bien conocida por los historiadores, pero casi completamente ignorada por el público estadounidense y europeo. Al final de la guerra, la Unión Soviética

buscó un tratado de paz que estableciera una Alemania unificada, neutral y desmilitarizada. En la Conferencia de Potsdam de julio de 1945, a la que asistieron los líderes de la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos, las tres potencias aliadas acordaron el «desarme y la desmilitarización completos de Alemania y la eliminación o el control de toda la industria alemana que pudiera utilizarse para la producción militar».

Alemania quedaría unificada, pacificada y desmilitarizada. Todo esto estaría garantizado por un tratado que pusiera fin a la guerra. En realidad, Estados Unidos y el Reino Unido trabajaron diligentemente para socavar este principio fundamental.

A partir de mayo de 1945, Winston Churchill encargó a su Jefe de Estado Mayor que desarrollara un plan de guerra para un ataque sorpresa contra la Unión Soviética a mediados de 1945, denominado Operación Impensable . Aunque los estrategas militares británicos consideraban impracticable una guerra de este tipo, la idea de que estadounidenses y británicos debían prepararse para una guerra inminente con la Unión Soviética se arraigó rápidamente. Los estrategas militares estimaron que el momento más probable para una guerra de este tipo sería a principios de la década de 1950.

El objetivo de Churchill, al parecer, era evitar que Polonia y otros países de Europa del Este cayeran bajo la influencia soviética. Incluso en Estados Unidos, a las pocas semanas de la rendición de Alemania en mayo de 1945, los principales estrategas militares comenzaron a considerar a la Unión Soviética como el próximo enemigo de Estados Unidos.

Estados Unidos y el Reino Unido reclutaron rápidamente a científicos nazis y altos funcionarios de inteligencia (como Reinhard Gehlen, un líder nazi que recibiría apoyo de Washington para crear la agencia de inteligencia alemana de posguerra) para comenzar a planificar la futura guerra contra la Unión Soviética.

La Guerra Fría estalló principalmente porque Estados Unidos y Gran Bretaña rechazaron la reunificación y desmilitarización de Alemania acordada en Potsdam. En cambio, las potencias occidentales abandonaron el proyecto de reunificación alemana para formar la República

Federal de Alemania (RFA o Alemania Occidental) a partir de las tres zonas de ocupación controladas por Estados Unidos, el Reino Unido y Francia. La RFA se reindustrializaría y remilitarizaría bajo la égida estadounidense. En 1955, Alemania Occidental fue admitida en la OTAN.

Aunque los historiadores debaten apasionadamente quién respetó el Acuerdo de Potsdam (por ejemplo, Occidente destaca la negativa soviética a permitir un gobierno verdaderamente representativo en Polonia, como se acordó en Potsdam), no hay duda de que la remilitarización de la República Federal de Alemania por parte de Occidente fue la causa principal de la Guerra Fría.

En 1952, Stalin propuso la reunificación de Alemania basada en la neutralidad y la desmilitarización. Esta propuesta fue rechazada por Estados Unidos. En 1955, la Unión Soviética y Austria acordaron que la Unión Soviética retiraría sus fuerzas de ocupación de Austria a cambio del compromiso de este último de mantener una neutralidad permanente. El Tratado del Estado Austriaco fue firmado el 15 de mayo de 1955 por la Unión Soviética, Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, junto con Austria, poniendo así fin a la ocupación.

El objetivo de la Unión Soviética no era solo resolver las tensiones sobre Austria, sino también demostrar a Estados Unidos un modelo exitoso de retirada soviética de Europa, combinado con neutralidad. Una vez más, Estados Unidos rechazó el llamado soviético para poner fin a la Guerra Fría basándose en la neutralidad y la desmilitarización de Alemania.

Tan recientemente como en 1957, el principal experto estadounidense en asuntos soviéticos, George Kennan, en su tercera Conferencia Reith para la *BBC*, hizo un llamamiento público y vehemente a Estados Unidos para que acordara con la Unión Soviética una retirada mutua de tropas de Europa.

La Unión Soviética, enfatizó Kennan, no pretendía ni estaba interesada en una invasión militar de Europa Occidental. Pero los partidarios de la Guerra Fría estadounidenses, liderados por John Foster Dulles, no lo toleraron. Y ningún tratado de paz con Alemania para

poner fin a la Segunda Guerra Mundial se firmó hasta la reunificación alemana en 1990.

Cabe destacar que la Unión Soviética respetó la neutralidad de Austria después de 1955, así como la de otros países neutrales de Europa (como Suecia, Finlandia, Suiza, Irlanda, España y Portugal). El presidente finlandés, Alexander Stubb, declaró recientemente que Ucrania debería rechazar la neutralidad, basándose en la experiencia negativa de Finlandia (la neutralidad finlandesa finalizó en 2024, cuando el país se unió a la OTAN).

Esta es una idea extraña. Durante su período de neutralidad, Finlandia disfrutó de paz, alcanzó una notable prosperidad económica y se situó entre los países con mayor índice de felicidad del mundo (según el Informe Mundial de la Felicidad).

El presidente John F. Kennedy demostró una posible vía para poner fin a la Guerra Fría, basada en el respeto mutuo por los intereses de seguridad de todas las partes. Kennedy bloqueó el intento del canciller alemán Konrad Adenauer de adquirir armas nucleares de Francia, apaciguando así las preocupaciones soviéticas sobre una Alemania con armas nucleares.

Sobre esta base, JFK negoció con éxito el Tratado de Prohibición Parcial de los Ensayos Nucleares con su homólogo soviético, Nikita Khrushchev. Es muy probable que Kennedy fuera asesinado unos meses después por un grupo de agentes de la CIA debido a su iniciativa de paz.

Documentos publicados en 2025 confirman la antigua sospecha de que Lee Harvey Oswald estaba bajo la supervisión directa de James Angleton, un alto funcionario de la CIA. El posterior avance de Estados Unidos hacia la paz con la Unión Soviética estuvo liderado por Richard Nixon. Él también fue derrocado por el escándalo de Watergate, que también ofrece pistas sobre una operación de la CIA nunca completamente esclarecida.

Mijaíl Gorbachov puso fin a la Guerra Fría desmantelando unilateralmente el Pacto de Varsovia y promoviendo activamente la democratización de Europa del Este. Asistió a algunos de esos eventos y presencié personalmente algunas de sus iniciativas de paz.



En el verano de 1989, por ejemplo, Gorbachov instó a los líderes comunistas de Polonia a formar un gobierno de coalición con las fuerzas de la oposición, lideradas por el movimiento Solidaridad. La desaparición del Pacto de Varsovia y la democratización de Europa del Este, impulsadas por Gorbachov, impulsaron rápidamente al canciller alemán Helmut Kohl a pedir la reunificación alemana.

Esto condujo a los tratados de reunificación de 1990 entre la RFA y la RDA, y al llamado Acuerdo Dos más Cuatro entre las dos Alemanias y las cuatro potencias aliadas: Estados Unidos, el Reino Unido, Francia y la Unión Soviética. En febrero de 1990, Estados Unidos y Alemania prometieron claramente a Gorbachov que la OTAN no se movería ni un ápice hacia el este en el contexto de la reunificación alemana, un hecho que ahora niegan ampliamente las potencias occidentales, pero que es fácilmente verificable.

Esta promesa clave de no proceder con la ampliación de la OTAN se hizo en varias ocasiones, pero no se incluyó en el texto del Acuerdo Dos más Cuatro, ya que este se refería a la reunificación alemana, no a la expansión oriental de la OTAN.

El quinto caso, la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022, se considera una vez más en Occidente como prueba del incorregible imperialismo ruso hacia Occidente. La expresión favorita de los medios de comunicación, comentaristas y propagandistas occidentales es que la invasión rusa fue «sin provocación» y, por lo tanto, demuestra la férrea voluntad de Putin no solo de restablecer el Imperio ruso, sino también de avanzar más hacia Occidente, lo que significaría que Europa debería prepararse para la guerra con Rusia. Esta es una mentira gigantesca y absurda, pero se repite con tanta frecuencia en los grandes medios de comunicación que se cree ampliamente en Europa.

De hecho, la invasión rusa de febrero de 2022 fue tan claramente provocada por Occidente que se sospecha que en realidad fue un plan estadounidense para involucrar a Rusia en la guerra con el fin de derrotarla o debilitarla.

Esta afirmación es creíble , como lo confirman una larga serie de declaraciones de

numerosos funcionarios estadounidenses. Tras la invasión, el secretario de Defensa estadounidense, Lloyd Austin, declaró que el objetivo de Washington era «ver a Rusia debilitada hasta el punto de que ya no pueda llevar a cabo las mismas acciones que llevó a cabo al invadir Ucrania. Ucrania puede ganar si cuenta con el equipo y el apoyo adecuados».

La principal provocación estadounidense contra Rusia fue la expansión de la OTAN hacia el este, contrariamente a sus promesas de 1990, con un objetivo principal: rodear a Rusia con estados miembros de la OTAN en la región del Mar Negro, impidiéndole así proyectar su poder naval, basado en Crimea, hacia el Mediterráneo Oriental y Oriente Medio. En esencia, el objetivo de Estados Unidos era el mismo que el de Lord Palmerston y Napoleón III durante la Guerra de Crimea: expulsar a la flota rusa del Mar Negro.

Los miembros de la OTAN habrían incluido a Ucrania, Rumania, Bulgaria, Turquía y Georgia, formando así una red para estrangular el poder naval ruso en el Mar Negro. Zbigniew Brzezinski describió esta estrategia en su libro de 1997, *El Gran Tablero de Ajedrez*, donde argumentó que Rusia seguramente se doblegaría ante la voluntad occidental, ya que no tenía otra opción. Brzezinski rechazó específicamente la idea de que Rusia llegara a aliarse con China contra Europa.

## Una nueva política exterior para Europa

Todo el período posterior a la disolución de la Unión Soviética en 1991 estuvo marcado por la arrogancia occidental —como la definió el historiador Jonathan Haslam en su magistral relato—, durante la cual Estados Unidos y Europa creyeron poder impulsar la OTAN y los sistemas de armas estadounidenses (como los misiles Aegis) aún más hacia el este, sin tener en cuenta en absoluto las legítimas preocupaciones de Rusia por su propia seguridad nacional.

La lista de provocaciones occidentales es demasiado larga para detallarla, pero se puede extraer un resumen de los siguientes puntos.

## Provocaciones occidentales en ocho puntos

En primer lugar, contrariamente a las promesas realizadas en 1990, Estados Unidos inició la expansión de la OTAN hacia el este con los anuncios del presidente Bill Clinton en 1994. En aquel entonces, el secretario de Defensa, William Perry, incluso consideró dimitir debido a las acciones imprudentes de Estados Unidos, que contradecían promesas previas.

La primera ola de expansión de la OTAN tuvo lugar en 1999, incluyendo a Polonia, Hungría y la República Checa. Ese mismo año, las fuerzas de la OTAN bombardearon Serbia, aliada de Rusia, durante 78 días, desmembrándola y estableciendo rápidamente una gran base militar estadounidense en la provincia separatista de Kosovo.

La segunda ola de expansión llegó en 2004, con siete nuevos miembros, incluyendo los países bálticos, que limitan directamente con Rusia, y dos países ribereños del Mar Negro: Bulgaria y Rumanía. En 2008, la mayoría de los países de la Unión Europea reconocieron a Kosovo como estado independiente, a pesar de las continuas declaraciones europeas de que «las fronteras en Europa son sagradas».

En segundo lugar, Estados Unidos abandonó el marco de control de armas nucleares al retirarse unilateralmente del Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM) en 2002. En 2019, Washington siguió el ejemplo al abandonar el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF). A pesar de las enérgicas objeciones de Rusia, Estados Unidos comenzó a desplegar sistemas de misiles antibalísticos en Polonia y Rumanía, y en enero de 2022 se reservó el derecho a desplegarlos también en Ucrania.

En tercer lugar, Estados Unidos se infiltró profundamente en la política interna ucraniana, invirtiendo miles de millones de dólares en moldear la opinión pública, crear medios de comunicación y moldear la política interna del país. Las elecciones de 2004-2005 en Ucrania se consideran ampliamente una «revolución de color» respaldada por Estados Unidos, que utilizó su influencia y financiación, tanto abierta como encubierta, para favorecer a candidatos proestadounidenses.

En 2013-2014, Washington desempeñó un papel directo en la financiación de las protestas

de Maidán y en el apoyo al violento golpe de Estado que derrocó al presidente proneutral Víktor Yanukóvich, allanando así el camino para un gobierno ucraniano orientado a la OTAN.

Casualmente, me invitaron a visitar Maidán poco después del golpe de Estado del 22 de febrero de 2014 que derrocó a Yanukóvich; una ONG con sede en Estados Unidos, profundamente involucrada en los acontecimientos, me explicó directamente el papel de la financiación estadounidense en el apoyo a las protestas.

En cuarto lugar, a partir de 2008, a pesar de la oposición de varios líderes europeos, Estados Unidos presionó a la OTAN para que se comprometiera oficialmente a ampliar su presencia a Ucrania y Georgia. En aquel momento, el embajador estadounidense en Moscú, William J. Burns, envió un cable a Washington, ahora famoso, titulado » Nyet Means Nyet: Russia's NATO Enlargement Redlines «, en el que explicaba que toda la clase política rusa se oponía firmemente a la expansión de la OTAN a Ucrania y temía que dicha medida provocara disturbios civiles en el país.

En quinto lugar, tras el golpe de Estado de Maidán, las regiones de mayoría rusa del este de Ucrania (Donbás) se separaron del nuevo gobierno prooccidental instaurado tras el golpe. Rusia y Alemania negociaron rápidamente los Acuerdos de Minsk, según los cuales las dos regiones separatistas (Donetsk y Lugansk) seguirían formando parte de Ucrania, pero con una amplia autonomía local, inspirada en la región germanófona del Tirol del Sur en Italia.

El segundo acuerdo, Minsk II, también respaldado por el Consejo de Seguridad de la ONU, podría haber puesto fin al conflicto; sin embargo, el gobierno de Kiev, con el apoyo de Washington, decidió no implementar la autonomía. El incumplimiento de Minsk II envenenó las relaciones diplomáticas entre Rusia y Occidente.

En sexto lugar, Estados Unidos expandió de manera constante el ejército ucraniano (tanto tropas activas como de reserva) a aproximadamente un millón de hombres en 2020. Ucrania, junto con sus batallones paramilitares de extrema derecha (como Azov y Sector Derecho), llevó a cabo repetidos ataques contra las dos regiones separatistas, lo que resultó en miles

de bajas civiles en el Donbass debido a los bombardeos ucranianos.

En séptimo lugar, a finales de 2021, Rusia propuso a Estados Unidos un borrador de Acuerdo de Seguridad entre Rusia y Estados Unidos, que exigía principalmente el fin de la expansión de la OTAN. Estados Unidos rechazó la propuesta y reafirmó la política de «puertas abiertas» de la alianza, según la cual terceros países, como Rusia, no tendrían voz ni voto en la ampliación de la OTAN. Estados Unidos y los países europeos reiteraron repetidamente la futura adhesión de Ucrania a la OTAN.

Según informes, el secretario de Estado estadounidense comunicó al ministro de Asuntos Exteriores ruso en enero de 2022 que Estados Unidos se reservaba el derecho a desplegar misiles de alcance intermedio en Ucrania, a pesar de las objeciones de Moscú.

Octavo: Tras la invasión rusa del 24 de febrero de 2022, Ucrania accedió rápidamente a iniciar negociaciones de paz basadas en el retorno a la neutralidad. Las conversaciones se celebraron en Estambul, con la mediación de Turquía. A finales de marzo de 2022, Rusia y Ucrania publicaron un memorando conjunto que señalaba avances hacia un acuerdo de paz. El 15 de abril, se presentó un borrador de acuerdo que prácticamente se acercaba a una solución integral.

En ese momento, Estados Unidos intervino y comunicó a los ucranianos que no apoyaría el acuerdo, sino que apoyaría a Ucrania en la continuación de la guerra.

Los altos costos de una política exterior fallida

Rusia nunca ha presentado reivindicaciones territoriales contra países de Europa Occidental ni los ha amenazado, salvo en el contexto de su derecho a tomar represalias contra cualquier ataque con misiles con apoyo occidental lanzado contra su territorio. Hasta el golpe de Estado de Maidán en 2014, Rusia ni siquiera había expresado reivindicaciones territoriales sobre Ucrania.

Después de 2014 y hasta finales de 2022, la única reivindicación territorial de Moscú se

refería a Crimea, para evitar que la base naval rusa en Sebastopol cayera bajo control occidental.

Solo tras el fracaso del proceso de paz de Estambul —sacudido por la intervención estadounidense— Rusia declaró la anexión de las cuatro regiones ucranianas de Donetsk, Lugansk, Jersón y Zaporíyia. Hoy en día, los objetivos de guerra declarados por Moscú siguen siendo limitados: la neutralidad de Ucrania, la desmilitarización parcial, la renuncia definitiva a la OTAN y el reconocimiento de la transferencia de Crimea y las cuatro regiones mencionadas a Rusia, lo que constituye aproximadamente el 19 % del territorio de Ucrania en 1991.

Estas no son señales del imperialismo ruso dirigido hacia Occidente, ni exigencias no provocadas. Los objetivos bélicos de Rusia se derivan de más de 30 años de protestas contra la expansión oriental de la OTAN, el armamento a Ucrania, el abandono por parte de Estados Unidos de los tratados de control de armas nucleares y la profunda injerencia de Occidente en la política interna ucraniana, que culminó en el golpe de Estado de 2014 que puso a Moscú y la OTAN en una situación de enfrentamiento directo.

Europa ha optado por interpretar los acontecimientos de los últimos 30 años como prueba del inexorable expansionismo ruso, del mismo modo que Occidente afirmó que la Guerra Fría era responsabilidad exclusiva de la Unión Soviética, cuando en realidad la URSS había propuesto reiteradamente caminos hacia la paz basados en la neutralidad, la unificación y el desarme alemanes.

Al igual que durante la Guerra Fría, hoy Occidente también ha preferido provocar a Rusia en lugar de reconocer sus comprensibles preocupaciones de seguridad.

Cada acción rusa se ha interpretado de la forma más negativa posible, como una muestra de mala fe o agresión, sin reconocer jamás la perspectiva rusa en el debate. Este es un claro ejemplo del clásico dilema de seguridad, en el que los adversarios se ignoran mutuamente, asumen lo peor y actúan agresivamente basándose en suposiciones erróneas.

La decisión de Europa de interpretar la Guerra Fría y la posguerra desde esta perspectiva prejuiciosa le ha costado muy caro, y los costos siguen aumentando. Más importante aún, Europa ha llegado a creer que depende totalmente de Estados Unidos para su seguridad. Si Rusia fuera realmente expansionista, Washington sería el salvador indispensable de Europa.

Pero si, por el contrario, el comportamiento ruso siempre hubiera sido una expresión de legítimas preocupaciones de seguridad, la Guerra Fría probablemente habría terminado hace décadas siguiendo el modelo de la neutralidad austriaca, y la posguerra podría haberse convertido en un período de paz y creciente confianza entre Rusia y Europa.

En realidad, las economías de Europa y Rusia son altamente complementarias. Rusia es rica en materias primas (agrícolas, minerales y energéticas) y posee experiencia en ingeniería, mientras que Europa alberga industrias de alto consumo energético y tecnologías avanzadas clave.

Estados Unidos se ha opuesto durante mucho tiempo a los crecientes lazos comerciales entre Europa y Rusia, que surgen de esta complementariedad natural. Washington considera la industria energética rusa un competidor directo del sector energético estadounidense y, en general, considera los fuertes lazos comerciales y de inversión entre Alemania y Rusia una amenaza para el dominio político y económico de Estados Unidos en Europa Occidental.

Por estas razones, Estados Unidos se opuso a los gasoductos Nord Stream 1 y 2 mucho antes del conflicto ucraniano. Por estas razones, Joe Biden prometió explícitamente poner fin a Nord Stream 2 —como lo hizo— en caso de una invasión rusa de Ucrania.

La oposición estadounidense a Nord Stream y a las relaciones energéticas ruso-alemanas se basaba en un principio general: la UE y Rusia debían mantenerse a distancia para que Estados Unidos no perdiera su influencia en Europa.

La guerra en Ucrania y la ruptura de relaciones con Rusia han dañado gravemente la economía europea. Las exportaciones europeas a Rusia se han desplomado de unos 90 000 millones de euros en 2021 a tan solo 30 000 millones de euros en 2024.

Los costes energéticos se han disparado, ya que Europa ha sustituido el gas natural ruso, barato y suministrado por gasoducto, por el gas natural licuado (GNL) estadounidense, mucho más caro. La industria alemana ha decaído alrededor de un 10 % desde 2020, y tanto el sector químico como el automovilístico están sufriendo graves consecuencias. El Fondo Monetario Internacional prevé un crecimiento económico para la UE de tan solo el 1 % en 2025 y de alrededor del 1,5 % para el resto de la década.

El canciller alemán, Friedrich Merz, ha pedido la prohibición permanente de la reanudación del flujo de gas a través del Nord Stream, pero esto representa prácticamente un suicidio económico para Alemania.

Esta postura se basa en la creencia de Merz de que Rusia tiene ambiciones bélicas contra Alemania; sin embargo, en realidad, es Alemania la que está provocando una guerra con Rusia al adoptar un lenguaje belicista e iniciar un rearme masivo.

Según Merz, «es necesaria una visión realista de las aspiraciones imperialistas de Rusia». Argumenta que «parte de nuestra sociedad tiene un profundo miedo a la guerra. No lo comparto, pero lo entiendo».

Aún más alarmante es su afirmación de que «los medios diplomáticos están agotados», a pesar de que, según se informa, nunca ha intentado hablar con Vladimir Putin desde que llegó al poder. Merz también parece ignorar deliberadamente lo cerca que estuvo la diplomacia del éxito en 2022, durante el Proceso de Estambul, antes de que Estados Unidos lo bloqueara.

El crecimiento económico chino es antitético a los intereses estadounidenses

El enfoque de Occidente hacia China refleja fielmente su enfoque hacia Rusia.

Occidente tiende a atribuirle malas intenciones a China, las cuales, en muchos sentidos, suelen ser proyecciones de sus propias ambiciones hostiles hacia la República Popular.



El rápido ascenso económico de China entre 1980 y 2010 llevó a los líderes y estrategas estadounidenses a considerar su mayor crecimiento económico como contrario a los intereses estadounidenses.

En 2015, dos influyentes estrategas estadounidenses, Robert Blackwill y Ashley Tellis , explicaron claramente que la estrategia global de Estados Unidos busca la hegemonía estadounidense y que China representa una amenaza para dicha hegemonía debido a su tamaño y éxito. Blackwill y Tellis propusieron un conjunto de medidas por parte de Estados Unidos y sus aliados para obstaculizar el futuro crecimiento económico de China: excluir a Pekín de los nuevos bloques comerciales de Asia-Pacífico, limitar la exportación de tecnologías occidentales a China, imponer aranceles y otras restricciones a las exportaciones chinas, y otras medidas antichinas.

Cabe destacar que estas medidas no se justificaban por las deficiencias específicas de China, sino por el simple hecho de que su crecimiento económico se consideraba incompatible con la supremacía estadounidense.

Un componente clave de esta política exterior hacia Rusia y China es una guerra mediática destinada a desacreditar a los supuestos enemigos de Occidente. En el caso de China, Occidente la ha acusado de genocidio en Xinjiang contra la población uigur. Se trata de una acusación sumamente exagerada, formulada sin pruebas sólidas, mientras Occidente ignora el genocidio real de decenas de miles de palestinos que se está produciendo en Gaza, perpetrado por su aliado israelí.

Además, la propaganda occidental también ha difundido una serie de afirmaciones absurdas sobre la economía china: su iniciativa de infraestructura de la Franja y la Ruta , que ofrece financiación a países en desarrollo para construir infraestructura moderna, se califica de «trampa de deuda».

La extraordinaria capacidad de China para producir tecnologías verdes —como paneles solares, que el mundo necesita con urgencia— es ridiculizada por Occidente como un

«exceso de capacidad» que debería limitarse o detenerse.

En el plano militar, el dilema de seguridad que enfrenta China se interpreta de la forma más sombría posible, al igual que ocurre con Rusia. Estados Unidos ha proclamado durante mucho tiempo su capacidad para bloquear las vitales rutas marítimas de China, pero luego acusa a Pekín de militarismo cuando responde adoptando medidas para fortalecer su poder naval.

En lugar de interpretar el desarrollo militar de China como un típico dilema de seguridad que debe abordarse mediante la diplomacia, la Armada estadounidense declara que debe prepararse para la guerra con China para 2027. Al mismo tiempo, la OTAN exige cada vez más un papel activo en Asia Oriental, dirigido contra China. Los aliados europeos de Estados Unidos están adoptando esta postura agresiva, tanto comercial como militarmente.

Diez pasos concretos hacia una nueva política exterior

Europa se ha arrinconado a sí misma, haciéndose subordinada a Estados Unidos, rechazando la diplomacia directa con Rusia, perdiendo su competitividad económica a través de las sanciones y la guerra, incurriendo en un aumento masivo e insostenible del gasto militar y cortando vínculos comerciales y de inversión a largo plazo con Rusia y China.

Como resultado, se enfrenta a una deuda creciente, un estancamiento económico y un riesgo creciente de guerra a gran escala. Una perspectiva que, al parecer, no asusta al canciller alemán Merz, pero que debería aterrorizarnos a todos.

Quizás el conflicto más probable no sea con Rusia, sino con los propios Estados Unidos, que bajo el mandato de Trump amenazó con apoderarse de Groenlandia si no se la vendían o cedían a su soberanía. Es muy posible que Europa se quede sin verdaderos amigos: ni Rusia ni China, ni siquiera Estados Unidos, los países árabes (indignados por la indiferencia europea ante el genocidio israelí en Gaza), África (aún resentida por el colonialismo y el neocolonialismo europeos), etc.

Por supuesto, existe otro camino posible —de hecho, uno muy prometedor— si los líderes

Europeos logran reconsiderar los verdaderos intereses y riesgos de seguridad del continente, devolviendo la diplomacia al centro de la política exterior europea. Propongo aquí diez pasos concretos para construir una política exterior basada en las necesidades reales de Europa.

### 1. Abrir un diálogo diplomático directo con Moscú

Fracaso: El fracaso palpable de Europa a la hora de entablar una diplomacia directa con Rusia es devastador. Europa podría incluso estar creyendo en su propia propaganda de política exterior, al evitar discutir directamente temas clave con su homólogo ruso. Es hora de restablecer canales de comunicación serios y estables, independientes de Washington.

### 2. Preparar una paz negociada con Rusia

Europa debe prepararse para negociar la paz con Rusia sobre Ucrania y la futura seguridad colectiva de Europa. La clave es que Europa acuerde con Rusia el fin de la guerra sobre la base de un compromiso firme e irrevocable de no extender la OTAN a Ucrania, Georgia ni a otras regiones orientales. Además, Europa debe aceptar cambios territoriales pragmáticos en Ucrania que beneficien a Rusia.

### 3. Rechazar la militarización de las relaciones con China

Por ejemplo, Europa debería oponerse a cualquier intento de expandir la OTAN al este de Asia.

China no representa ninguna amenaza para la seguridad europea, y Europa debería dejar de apoyar ciegamente las pretensiones estadounidenses de hegemonía en Asia, que ya son peligrosas e ilusorias, incluso sin el apoyo europeo. En cambio, Europa debería fortalecer la cooperación con China en materia de comercio, inversión y clima.

### 4. Reformar las instituciones de la diplomacia europea

La configuración actual es caótica e ineficaz. El Alto Representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad actúa esencialmente como portavoz de la rusofobia,

mientras que la diplomacia de alto nivel —en la medida en que existe— está dirigida de forma confusa e intermitente por líderes europeos individuales, el Alto Representante de la UE, el presidente de la Comisión Europea, el presidente del Consejo Europeo o una combinación variable de estos. En resumen, nadie habla con claridad en nombre de Europa, ya que, para empezar, no existe una política exterior europea clara.

#### 5. Desvincular la política exterior de la UE de la OTAN

Europa debería reconocer que la política exterior de la UE debe disociarse de la OTAN. En realidad, Europa no necesita la Alianza Atlántica, ya que Rusia no tiene intención de invadir la UE. Europa debería, sin duda, dotarse de una capacidad de defensa autónoma, pero a un coste muy inferior al 5 % del PIB, una cifra absurda, basada en una evaluación completamente exagerada de la amenaza rusa. Además, la defensa europea no debería coincidir con la política exterior europea, a pesar de que ambas se han confundido completamente en los últimos tiempos.

#### 6. Cooperar con Rusia, India y China

La UE, Rusia, India y China deberían cooperar en la transición ecológica, digital y de infraestructuras de todo el espacio euroasiático. El desarrollo sostenible de Eurasia beneficia mutuamente a la UE, Rusia, India y China, y no puede lograrse sin la cooperación pacífica entre las cuatro principales potencias euroasiáticas.

#### 7. Cooperar con la iniciativa «La Franja y la Ruta» de China

Se espera que el European Global Gateway, el brazo financiero para infraestructuras en países no pertenecientes a la UE, colabore con la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) de China. Actualmente, se presenta como un competidor de la BRI. En realidad, se espera que ambos programas unan fuerzas para cofinanciar infraestructuras de energía verde, digitales y de transporte para Eurasia.

#### 8. Fortalecer la financiación del Pacto Verde Europeo

La Unión Europea debería aumentar la financiación del Pacto Verde Europeo (PVE), acelerando así la transición hacia una economía baja en carbono, en lugar de destinar aproximadamente el 5 % del PIB a gastos militares innecesarios sin ningún beneficio real para Europa. Una mayor inversión en el PVE aportaría dos beneficios principales. En primer lugar, contribuiría a la seguridad climática regional y global. En segundo lugar, reforzaría la competitividad de Europa en las futuras tecnologías verdes y digitales, sentando las bases para un nuevo modelo de crecimiento sostenible.

#### 9. Colaborar con la Unión Africana

La UE debería colaborar estrechamente con la Unión Africana para promover una amplia expansión de la educación y la formación técnica en sus países miembros. Con un crecimiento previsto de su población de 1.400 millones a aproximadamente 2.500 millones para mediados de siglo, en comparación con los aproximadamente 450 millones de habitantes de Europa, el destino económico de África estará estrechamente vinculado al de Europa. La clave de la prosperidad africana reside en el rápido desarrollo de la educación superior y la formación profesional.

#### 10. Apoyar el nuevo orden mundial multipolar

La Unión Europea, junto con los países BRICS, debe comunicar claramente a Estados Unidos que el futuro orden mundial no se basa en la hegemonía, sino en el derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas. Este representa el único camino hacia una verdadera seguridad para Europa y el mundo. La dependencia de Estados Unidos y la OTAN es una ilusión peligrosa, especialmente dada la inestabilidad del propio país. Por el contrario, un compromiso renovado con la Carta de las Naciones Unidas puede poner fin a las guerras (por ejemplo, poniendo fin a la impunidad de Israel e implementando los fallos de la Corte Internacional de Justicia sobre la solución de dos Estados) y prevenir futuros conflictos.

*Jeffrey D. Sachs, Economista de renombre mundial, es un referente en el campo del desarrollo sostenible. Director del Centro para el Desarrollo Sostenible de la Universidad de*

*Columbia, también preside la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas. Es autor de numerosos libros, entre ellos los éxitos de ventas El fin de la pobreza y El precio de la civilización.*

Fuente: <https://www.other-news.info/noticias/una-nueva-politica-exterior-para-europa/>

Foto tomada de: Casa de Europa